

Diego Medina Poveda, *En vecindad, no en compañía*

Sevilla, Siltolá Poesía, 2022, 62 pp., ISBN 978-84-17352-94-3

MANUELA ÁGUEDA GARCÍA GARRIDO
Université de Caen Normane



DIEGO MEDINA POVEDA EN VECINDAD, NO EN COMPAÑÍA

SILTOLÁ POESÍA

Todo aquel que ha dejado atrás su hogar y sus raíces sabe que en la poesía encontrará su refugio universal, el viaje hacia uno mismo que asegura en la imaginación los cimientos de una casa firme, con ventanas abiertas a la esperanza de volver al punto de partida. Quien no cesa de mirar lo que ha perdido confía en el lenguaje poético, asiéndose a él como el peregrino a su báculo, ejercicio que exige dedicación, rigor y sacrificio. Así es como emana una suerte de “retórica del caminante”, noción que ha dado tantos frutos en la literatura universal.

La poesía invita a identificarnos con esa diversidad que descarga nuestras maletas de prejuicios, a transitar ligero sobre el mundo con los sentidos abiertos y, por qué no admitirlo, a descubrir la capacidad ilimitada que tenemos para hacer con el instante una secuencia de emociones verdaderas. Ya lo dijo Marcel Proust en su impresionante obra *En busca del tiempo perdido*: “El único verdadero viaje [...] no consiste en buscar nuevos paisajes sino en mirar con otros ojos”.

Este viaje introspectivo y denso es el que nos ofrece Diego Medina Poveda (Málaga, 1985) en su último poemario titulado *En vecindad, no en compañía*, publicado en la prestigiosa editorial sevillana Isla de Siltolá. El libro, impreso en formato de bolsillo y en una gama de azul índigo, ha salido con el número 82 de la colección, y se constituye en un conjunto de 17 poemas empapados de nostalgia cuyo hilo conductor es la búsqueda de luz en un itinerario de “estancias interiores”, una Ítaca dichosa con la que poder al fin disipar la tiniebla que habita otro de sus poemas (pp. 33-34). El esfuerzo que su autor realiza para transmitirnos la voluntad que requiere un trayecto de tales características redonda en una comunicación sinestésica con un mundo del que solo imaginamos su sombra, a la vez que nos mantiene expectantes ante la aparición de algún indicio de esperanza. Se trata de un esfuerzo que nos trae a la memoria aquellas palabras que escribió el filósofo Descartes en su *Discurso del método*, donde describe los recodos intelectuales por los que discurrió al partir al encuentro de Dios: “Como un hombre que camina solo y en las tinieblas”. A través de ese itinerario de sombras que proyectan “azar y circunstancia” (p. 18), el poeta nos va ofreciendo un paisaje desconcertante, por cuanto tiene

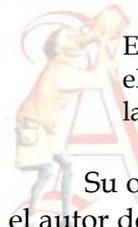


Manuela Águeda GARCÍA GARRIDO, “Diego Medina Poveda, *En vecindad, no en compañía*”, *Artifara* 22.2 (2022)
Marginalia, pp. xxxix-xli.

Recibido el 09/11/2022 ∞ Aceptado el 015/11/2022

de íntimo y prodigioso. No en vano, en uno de sus poemas (“Cohetes”) nos sorprende la sincera claridad con que el autor se define: “Soy el que espera paciente un fogonazo” (p.17).

El título elegido es deudor de unos versos del poeta español Claudio Rodríguez (1934-1999), considerado como uno de los máximos baluartes de la llamada Generación de los 50. Los versos elegidos, extraídos de su poema “Ciudad de meseta” (*Alianza y condena*, 1958), omiten varios términos absolutamente esenciales para la comprensión de la obra que aquí reseñamos:



El temor, la defensa,
el interés y la venganza, el odio,
la soledad.

Su omisión, desde luego, no es aleatoria, pues en las 53 páginas que ocupa el poemario, el autor destila un sobrio lenguaje que brota de la ilusión y la confianza por un mundo mejor, aunque estos sentimientos parezcan relegados por el sino de la tragedia humana, tan presente en el poema “Qué sueño”: “Yo estoy seguro, y ellos también saben,/ que otro tipo de hogar es necesario” (p. 44). Algunos versos apuntan asimismo a fundar una declaración de confianza en lo que une al hombre con su semejante (“el llanto se comparte entre los cuerpos/ y son comunitarios nuestros gritos”, p.33; o “que vamos a dormir hombro con hombro”, p. 43). Hay, sin duda, un caudal de tímido optimismo que fluye a lo largo de la lectura. Y esto puede observarse en la construcción misma de la obra. El primer verso comienza con una curiosa referencia a la infancia (“El niño frente al mar”) en la que esta etapa de la vida queda vinculada a una experiencia de intimidación y hostigamiento. El último cierra la obra invocando el valor salvífico de la palabra a través de un ejercicio metapoético que nos recuerda la expresiva plenitud que subyace en la escritura juanramoniana: “Estoy pariendo un mundo en estas páginas/ para que tú las leas y te salves” (p. 53).

Las tres partes en que se divide el poemario dan buena cuenta de la dimensión que ocupa la revelación de aquello que nos hace humanos, conservando sus enigmas y heridas: “No entienden bien mi búsqueda secreta/ en esta breve eternidad” (p.14). La primera parte (pp. 13-29) lleva por título *Estancias interiores*; la segunda se acoge al título de *Otro hogar* (pp. 29-48), mientras que la última (pp. 49-53) queda reservada a la imprevisibilidad y la incerteza, al llevar como título tres signos suspensivos entre paréntesis. Las tres partes, desiguales pero complementarias, nos introducen en un universo de vitrinas, ramas y fronteras. Dentro del poemario, estos elementos brindan al lector la posibilidad de ubicar su redención en la fragilidad de lo ordinario antes de ver cómo este último se vuelve humanamente efímero: “Ahondo en mí si baja la marea,/ y sigo el rastro de las aguas solo/ dejando por el suelo un mar de huellas” (p. 20); “con ansias de saltar busco tu orilla” (p. 36) o “la gente nunca sabe/ cómo volver adentro de sí mismos/ y ver que son entrañas y son sangre” (p. 49). El efecto final es un contínuum poético que bosqueja en sus líneas ascendentes la unión entre el hombre y su verdad. Hay, pues, una preocupación constante en estas páginas por sublimar la concepción certeauniana del caminante en su acción voluntaria por creer y perseguir lo que, no por lejano, deja de ser imprescindible:

Estoy mirando aquí un ser de nadie,
un ser que se sumerge en intelecto,
y busca en lo profundo de las cosas
esperando encontrarles su secreto
[...]
fúlgidas apariencias que se esconden
en el fondo del aire y son muy dentro
constelaciones, vastos microcosmos [...] (p. 18)

Con estos versos, el poeta destila el significado del título, al remitirse a la importancia de vivir sin compañía, pues con ella es imposible materializar lo fabuloso y único que habita en aquellos “vastos microcosmos”. En este sentido, nos hallamos frente a un mensaje de soledad (“la enferma soledad de los espejos”, p. 25) que hunde su raíz en la experiencia espiritual de lo cotidiano:

He encendido en mí estrellas que son nombres
que alumbran con las luces de los versos
este espacio interior que habito solo,
aunque en mí mismo habite el universo. (p.19)

Imposible, por lo tanto, no percibir en el presente poemario el eco de voces poéticas que supieron reclamar su derecho a la trascendencia: desde la letanía ascética de fray Luis de León hasta la invocación preexistencialista de Heinrich Heine, para quien la fuerza de la contemplación que asegura el estado de plenitud implicaba apartarse del mundo: “Si quieres viajar hacia las estrellas, no busques compañía”. No obstante, no sabemos si Diego Medina Poveda, acostumbrado a explorar tierras que no tienen nada que ver con su Andalucía natal, ha optado por una singladura que lo aisle por completo de la realidad a la que alude como naturalmente fatídica: “Son años de terror y desconsuelo” (p. 52). Esta enunciación lapidaria queda mitigada en su último poema, “Para que se haga un mundo”, donde se exhorta al lector a descubrirse como fuente de luz que triunfa ante la sinrazón y la oscuridad:

No te pido que huyas a una ermita,
ni un ascetismo mísero y salvaje,
quiero que cuando vuelvas a tu casa
descubras que tú mismo eres la llave,
que tú la claridad con que se puede
hacer un mundo nuevo en un instante. (p. 52)

La lectura detenida y completa de este libro nos recuerda que el hombre necesita aferrarse a “alguna verdad inmutable, algún destello” (p.18), para hacer del mundo el hogar cálido y futuro donde volcar “melodías de sangre y universo” (p. 19). Los 17 poemas que constituyen este poemario avalan la altura que define ya la escritura de Diego Medina Poveda en la actual poesía contemporánea española. Sin ninguna duda, sus versos, cargados de un tradicional bagaje humanista, nos sugieren que en “la extensión total de una galaxia” (p. 14) hay certezas camufladas donde la palabra juega con la emoción y la hace suya.

